

PRESENTACION

Con cierto retraso respecto a otras ocasiones, por esperar la entrega de algunos textos originales, sale ahora este número centrado en la XVII Semana de Teología del ITER celebrada conjuntamente con la XVIII Jornadas de Reflexión de la UCAB. El tema que nos propusimos tratar era la función de los cristianos ante esto que se ha definido más como un cambio de época que como una mera época de cambios. Ciertamente lo más impactante son los enormes, radicales y acelerados cambios en diversos campos del saber y de la tecnología humana, sobre todo la informática y la genética humana. En estas fechas ha salido al público el mapa del «genoma humano», lleno de posibilidades humanizadoras, pero también deshumanizantes.

No podíamos, evidentemente, tratar tantos tópicos importantes en el breve espacio disponible; por eso nos centramos en lo que afecta a la teología y a la visión y vida cristianas, titulando el conjunto con el lema de «**Nuevo Paradigma y Teología**»; aunque tal vez hubiera sido más correcto hablar de Nuevo Paradigma y Cristianismo. Dentro de este reducido campo, tocamos sólo algunos puntos que consideramos esenciales: la teología en primer lugar, pero con la eclesiología, la ética y la pastoral también. Puesto que este cambio de época supone captar y valorar cristianamente la presencia de la gracia y el Espíritu en nuestro momento histórico, el aspecto práctico, o si se prefiere de teoría de la praxis cristiana, parecía relevante.

Quizá debemos empezar reconociendo que es difícil acertar con los verdaderos rasgos de nuestro presente preñados del futuro que va a realizarse efectivamente: aún estamos demasiado cerca del origen y la confusión que le acompaña, para pretender ya una visión clara de los rasgos definidores de esa nueva etapa histórica que se abre ante nuestros ojos. Pero es necesario hacer el esfuerzo por detectar lo que hay de promisorio y prever los riesgos deshumanizantes que aparecen en el horizonte, tal como lo podemos imaginar.

En su introducción a la Semana, el P. **Mikel de Viana** nos invita al optimismo tecnológico y a la responsabilidad moral. Al primero porque efectivamente la ciencia y la técnica «han ampliado infinitamente las posibilidades de intervenir en la realidad, y eso equivale a decir que es la libertad humana la que se ha ampliado». Nunca como ahora depende el futuro de lo que los hombres decidamos. Pero por eso mismo, porque hoy los hombres podemos hacer muchas cosas que no debemos, «no es lícito que hagamos todo lo que podemos», como decía ya la antigua sabiduría china. Más bien debemos comprender el proceso, para aportar en la dirección humanizadora; y por tanto necesitamos urgentemente de una «tecnología moral» para modelar esa sociedad y ese hombre nuevos que queremos. Más tarde presentó su ponencia sobre "Nuevo paradigma y Ética", pero lamentablemente no está disponible para su publicación.

En una primera aproximación, buscamos un abordaje racional, científico y económico, que encomendamos al profesor **Eduardo Ortiz**, teólogo en ejercicio durante años y ahora director de la Facultad de Economía de la Universidad Católica. Nos abre una amplia ventana a diez elementos significativos de este «nuevo paradigma» y los confronta críticamente con la perspectiva de la fe; para animarnos a captar toda su densidad y afrontar con rigor el desafío que presentan a nuestra manera de comprenderla y vivirla. Pero se concentra sobre todo en el neoliberalismo (leyes del mercado, criterio de costo-beneficio, tensión entre eficiencia y equidad, y aún pobres-ricos, norte-sur), con sus ventajas y sus retos a una visión y práctica cristianas de lo económico y social. Afirma que los cristianos no podemos reducirnos a restañar las heridas sociales, sino que debemos prepararnos en las «disciplinas duras» para influir en la conformación del futuro con políticas a largo plazo, pues el sujeto no va ser fácilmente popular. Habrá que colaborar con la tendencia neoliberal última, que está empeñada en «eliminar o, al menos, aminorar» la pobreza creciente.

A continuación el P. **Pedro Trigo** trata de ir al fondo del «nuevo paradigma», viendo toda su grandeza, pero también su enorme riesgo de ser la nueva y mayor forma de dominación de unos pocos sobre el resto de la humanidad, que ya ni se siente esclava o no se siente con la posibilidad real de enfrentarse a esa situación. Por lo demás, esa élite que controla el desarrollo humano y en parte cósmico, no mira hacia la mayoría empobrecida y cada vez más marginada, hasta hacerla una masa de excluidos y sobrantes. Más bien parece jugar a dios, creador de modo de ser a su antojo, y sin valores ni paradigmas a los que atenerse, fuera de su propia autoimagen idolatrada.

Tras una breve y esencial introducción, hace una revisión crítica del cambio epocal, caracterizándola en sus novedades más sobresalientes: mundialización de occidente, simultaneidad virtual, tierra-sujeto del que el hombre forma parte, manipulación genética y concentración del tener-poder-saber en pocas manos. La contradicción mayor estaría en que esta novedad genética, que afecta tanto a la humanidad, se esté tomando en laboratorios de empresas privadas. Las reacciones: la de los fundamentalismos, que se reafirman en sus identidades ancestrales y la que llama «alternativa superadora». Frente al peligro ya presente y amenazante, se propone reiteradamente una «alternativa superadora», que aproveche los bienes civilizatorios, pero desde otra lógica: la democracia, los derechos humanos y, más al fondo, la cultura de la vida. Esto es posible siempre por la presencia del Espíritu y la Palabra en toda la humanidad, iluminándola «desde dentro y desde abajo», desde esos pobres y marginados por esa élite demiúrgica. Para ello hay que lograr una nueva relación entre ese poder científico-técnico y el sujeto que lo controla.

En la segunda parte, titulada «formalización teológica de los signos de los tiempos», se hace una valoración o juicio teológico, que no es para nada opuesto a las inauditas posibilidades que han abierto la ciencia y tecnología actuales. Dios no es rival del hombre, ni celoso de su poder «creador», sino que lo creó colaborador suyo en el dominio y desarrollo de su creación. Dios le impulsa a ello y se alegra de sus logros, que en definitiva son conocer y controlar mejor las posibilidades inscritas en la creación y en la mente misma del hombre. Lo que el Dios bíblico revela al hombre es que la finalidad es que el hombre viva y viva abundantemente, más que de mero pan, de esa Palabra que sale de su boca. Palabra que nos habló sobre todo humanamente en Jesús de Nazaret. Desde este ideal absoluto de humanidad nos invita Dios a crecer hasta llegar a la estatura de «hijos de Dios», libres y herederos, colaboradores no solo de su creación, sino también del proyecto divino de hacernos de su familia en libertad y corresponsabilidad, más allá de nuestros límites. Termina apuntando a un nuevo paradigma teológico, que debe superar los escollos tanto del fundamentalismo como de la autarquía, aceptando a la vez la condición de creatura y la de colaborador de Dios en la creación. Un hombre que se sabe «religado a la tierra y al universo, religado a toda la humanidad y religado a la fuente de la existencia: el Creador», como encargado de comandar la evolución de la creación.

La ponencia del P. **Felicísimo Martínez** versa sobre lo que este cambio epocal supone para una nueva eclesiología, fiel a su radicación en Cristo y a

su encarnación o actualización en nuestro presente. El «nuevo paradigma» es «signo de los tiempos» ambiguo, pero tan lleno de posibilidades de gracia como los demás. Si un rasgo actual es la carencia de sentido y motivación, ya que "no tenemos ética para tanta técnica", la Iglesia debe presentarse como una comunidad de fe...que da respuesta al problema del sentido», por la fuerza del Espíritu. Da importancia a los nuevos lenguajes que debemos crear, para ser significativos en la cultura postmoderna; tanto en el lenguaje teológico, que no debe ser exotérico sino experiencial, como en lo simbólico y los gestos prácticos : democracia, derechos humanos, ecología.; y colaborar con todos los que buscan la verdad y la justicia, dondequiera que se hallen. El ecumenismo necesario hoy día debe abarcar lo intraeclesial, interconfesional, interreligioso e interhumano; e incluir los conflictos y saber procesarlos. No cabe ya decir que no hay salvación fuera de la Iglesia, pues el Espíritu de Dios actúa en las otras religiones y aún fuera de toda religiosidad.

Frente a lo negativo del sistema vigente la misión de la Iglesia ha de ser profética. Hay que defender la razón frente a lo irracional; pero no endiosarla y oponerla a la tradición ni a la revelación, sino hacerla memoria de las víctimas históricas. El valor irrenunciable de la libertad no debe caer en individualismo, sino admitir la compasión y solidaridad con las víctimas como lo más humanizador. La Iglesia debe luchar por una democracia participativa; y comenzar por practicarla en su seno. El autor apunta sobre todo a la «opción decidida y comprometida por los pobres y excluidos, por las víctimas del sistema», como criterio decisivo de una eclesiología auténtica. La actual globalización es excluyente de grandes masas humanas; lo cual desenmascara el lado idolátrico del nuevo paradigma socio-cultural; ahí resuena el grito de Dios a favor de los oprimidos. Esto postula una «inversión del sistema social, político y económico mundial»; y la Iglesia se juega su ser y su credibilidad en esa opción por los pobres, ya que no hay «conversión al verdadero Dios si no hay verdadera conversión a los pobres». Ellos son el sacramento de Dios y solo desde ellos se puede humanizar la humanidad, dejándonos convertir a Dios y a su compasión. Si esto implica conflictos y persecución e incluso muerte, no cabe duda que el seguimiento del Crucificado es sobre todo alegría, como nos recordó Bonhöffer y repite el autor al concluir.

Como parte final, breve pero decisiva, el P. **Bruno Masiero**, y la doctora **Susana Pérez Ortega** nos hablan de los aspectos pastorales y organizativos posibilitados por la nueva conciencia de la fundamental igualdad humana, que el cristianismo debe potenciar, y las novedosas posibilidades de colaboración sinérgica que este mundo globalizado ofrece a todos los cam-

pos de la misión eclesial. El P. Bruno, tras esbozar algunos rasgos del nuevo paradigma, se ocupa de la dimensión mayor de una pastoral de conjunto, en lo ético, kerigmático, profético y místico dentro de una Iglesia de comunión y solidaridad; donde «es preferible que muchos hagan poco a que pocos hagan mucho», porque en la comunidad eclesial ninguno es anónimo ni sustituye a otro, sino que cada uno es corresponsable y debe ser solidario, sobre todo en la tarea de evangelización. La doctora Susana se centra en cómo organizar una institución concreta, desde la propia experiencia tenida tanto en el campo político internacional como en la reorganización del grupo jesuítico venezolano. Quizás lo más novedoso sea «pasar de un sujeto autárquico...a ser un sujeto que aprende a que puede ser ayudado por los demás»; y formar equipos ad hoc, interconectados en «red de redes», partiendo de la misión compartida y no de las obras. Las fórmulas breves encierran mucha sabiduría y experiencia organizativa, contrastada ya en la práctica concreta venezolana. Finalmente, el pastor luterano **Werner Hintz** nos habla, desde su perspectiva europea y venezolana, de los posibles campos comunes de un trabajo ecuménico, de cara a esa humanidad mejor que todos los cristianos estamos peculiarmente llamados a construir.

El mundo ha cambiado mucho en este final de siglo, y el cambio de época es ya una realidad y en aceleración. Pero también es verdad que "la Palabra de Dios permanece para siempre"; y, a su modo, la teología latinoamericana, que tiene raíces tan hondas en esa Palabra eterna, sigue vigente tal vez más que antes en este nuevo contexto. Leer la realidad desde los "pobres" o empobrecidos del sistema, desde las "víctimas" del progreso real, pero marginador de tantos, es una tarea permanente y casi una asignatura pendiente de nuestra humanidad tan orgullosa de sus avances. A ello quieren contribuir estas reflexiones teológicas y esperan alentar a otros a pensar y actuar en esta misma dirección.

P. Eduardo Frades, CMF